# VIDA MONTEVIDEANA

## REVISTA SOCIAL ILUSTRADA

DE

LITERATURA Y BELLAS ARTES

APARECE LOS DOMINGOS

| Año II | Montevideo, Febrero 13 de 1898 | Núm. 33 |
| --- | --- | --- |

Director y Redactor:

RAFAEL J. FOSALBA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Capital un mes . . . . . . $ 0.50
Campaña y Exterior un mes . . » 0.60
Número corriente . . . . . » 0.20

Dirección y Administración: Convención 82

Administrador:

Máximo Seré

Secretario de Redacción:

Fermin Héctor Casas


**GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS**




*María Concepción Howard*

Fotografía de Fitz Patrick

## SUMARIO



# ¿JUEZ I ENAMORADIZO?
## ¡MALUNTUR!

La régia prohibición de que los Oidores pudieran contraer matrimonio en el territorio en que administraban justicia, obligaba á estos señores á doblegar muchas veces la inflexible vara ante empeños de faldas.

Sino miente el obispo Villarroel, en sus *Dos cuchillos*, hubo allá por los años de 1630, un don Juan, Oidor de la Real Audiencia de Lima, que en lo mujeriego, fué otro don Juan Tenorio. Andaba el tal que bebia los vientos por alcanzar los favores de una muchacha, de esas cuyos ojos hablan de tú al prójimo á quien miran; pero que gastaba para con el doctor del *tibi quoque* resistencias de piedra berroqueña.

Empezaba ya el galán á desesperar de la victoria, cuando una mañana, que fué la del sábado víspera del Domingo del Ramos, recibió zahumado billetico que, á la letra, asi decia: « La correspondencia en mi será « hija de las finezas de vuesa merced. Un « mi deudo, Pedro Otárola, está penado con « ocho meses de cárcel i le restan de cinco á « seis para quedar quito. En el querer de « vuesa merced está el complacer á su ami- « ga *Isabel*. »

Su señoria se restregó alegre las manos, i dijo á la fámula portadora del billete, despues de darla, por via de alboroque, un doblончito de oro:—Di á tu señorita que será servida hoi mismo.

De práctica era que la víspera de Ramos hiciese un Oidor la visita de cárceles, con facultad para disponer la excarcelación de los presos por causa leve i aun la de aquellos á quienes faltare poco tiempo de castigo. También era costumbre, que el Juéves Santo conmutase el virrei la pena á un reo sentenciado á muerte.

En su alborozo olvidó el señor Oidor echarse la carta en el bolsillo de la chupa, i la dejó sobre la escribania, siéndole imposible, en el acto de la visita, recordar el apellido del recomendado delincuente. Estaba, si, seguro de que era Pedro el nombre de pila.

—He empeñado palabra (se dijo su señoria) de dar libertad á un Pedro i, en el conflicto en que mi falta de memoria me pone, no tengo otro camino que el de dar por horros de pena á todos los Pedros de la cárcel.

I como lo pensó lo dispuso.

I tres pícaros, por sólo haber tenido la buena suerte de ser bautizados con el nombre del apóstol de las llaves, salieron á respirar la fresca brisa de las calles, gracias á que su señoria tuvo en poco el rigor de la justicia i en mucho su capricho de galanteador.

RICARDO PALMA.

Lima, Enero 14 de 1898.

# LAS DOS COPAS

### INÉDITA

En la fuente de plata cincelada
tienen dos copas de cristal asiento;
una, como la aurora, sonrosada,
otra, azul como el claro firmamento.

Sube la espuma en ambas, sube lenta,
cual seno que levanta hondo suspiro:
rubí parece en ésta, que fermenta,
y en aquélla, fermento de zafiro.

Las contempla con sed abrasadora
el lábio do la fiebre dejó huella:
ésta le brinda la encendida aurora,
éter, espacio, firmamento aquélla.

Aquí dejó morena encantadora
aquel color que brilla en sus sonrojos;
allí puso la rubia soñadora
el infinito de sus grandes ojos.

Se hincha en ambas la espuma ¡bella nube!
aquí azul como el cielo, allá cual fuego,
y ven los ojos que á los bordes sube
y palidece y se derrama luego!...

¿Qué fué del claro azul color de cielo
y de la llama de rubor extraño?...
Apariencia no más ¡qué desconsuelo!
Mentira siempre, dondequiera engaño.

EZEQUIEL BUJANDA

Macoris (Republica Dominicana) Diciembre 27 de 1897.

# El viento desde mi ventana

*( Conclusión )*

¿Quién no ha escuchado al viento gemir, y á sus gemidos no ha respondido con suspiros de honda melancolia, con arrobamiento de infinita tristeza? Al misterioso sentir de esa voz clavada sin distinción en los aleros del poético rancho americano y en las doradas percianas del marmóreo palacio,—como al mandato de enigmático taumaturgo, los recuerdos empiezan á agitarse en el cerebro y á cruzar por él como ráfagas eslabonadas que nunca terminan. Cuando sus notas son graves, todo en la superficie de la tierra adquiere un movimiento suave y acompasado, que tiene mucho de balanceo de flor,—pero, cuando su voz se afina como silbido de culebra, todo se dobla, se agobia, se quiebra, y hasta el molle de gruesa médula sumerge con fuerza sus ramas en las aguas del arroyo que corre lamiendo su pié. Con la vista fija en un punto invariable en el espacio, los párpados á medio cerrar, las articulaciones flojas y los miembros preñados de abandono, se permanece entónces horas enteras con el cuerpo y el alma anestesiada por el ópio de los recuerdos. A veces un pensamiento más doloroso que otro contrae el lábio, oprime el pecho y anuda la garganta; pero no tarda en desaparecer, marcando un suspiro su partida. Y este danzar inquieto del cerebro y ese enervamiento de la materia se produce al són de esa música lúgubre que lleva en cada nota una queja y en cada acorde una elegia.

Rumor de selvas y graznido de cuervos, murmullo de fuentes y trinos de ave, ruidos de olas y aullidos de fiera, de todo hay en ese eco, suma de todos los ecos; en esa voz, conjunto de todas las voces.

Dijo un poeta que el viento, como Proteo de mil formas, es en el Sahara montón de nubes de arena, música en los montes y en las playas, y en los cerebros idea y sentimientos... El pampero, en las cuerdas de nuestras guitarras, es un estilo, y en la boca de nuestros paisanos una décima de amor impregnada de melancolia.

¡Qué hermoso es el viento!

*
* *

Como un enérgico mentís á toda esa poesía y á mis lacrimosas reflexiones, un paisanito amigo mio baila, con admirable maestria, al compás de una guitarra bien tañida, una *milonga* que tiene más *compadradas* que notas. Dormida la mirada, inclinada la cabeza, flojo el cuerpo, vá, con movimientos de piernas y golpes de cadera, marcando los tiempos de esa música, que parece ser la encarnación de una voluptuosidad tropical.

Un baile asi valió á la hermosa Salomé la cabeza del cenobita Juan Bautista.

JOSE IRURETAGOYENA.

Montevideo; Enero 29 de 1898

# DESPUES DEL TEATRO

### INEDITA

Salíamos del teatro: tú apoyada
Con languidez artística en mi brazo;
Muy cerca de mi pecho, tu regazo,
Muy cerca de mi alma, tu mirada.

Bajamos la escalera: enmudecian
Nuestros labios, tus ojos se entornaban,
Y los que así, tan juntos nos miraban,
—¡Cómo se ve que se aman!—repetian.

Aún verte me parece, casta ondina,
Aún te contemplo púdica y esbelta,
Como una maga vaporosa, envuelta
Entre nubes de blanca muselina.

Aún me parece ver como cubria
Tus hombros rafaélicos, la nube
De aquel chal que en tu cuerpo de querube,
Una red de myosotis parecia.

¿Te acuerdas? Avanzamos muy despacio,
Por la angosta calleja, en oleajes,
Mirando deshacerse los celajes,
Kaleidoscópio inmenso del espacio,

A veces con tu cuerpo junto al mio,
Velabas, tiritando, tu regazo,
Y apretando tu brazo con mi brazo,
Murmurabas muy quedo: tengo frio.

Cincel de luz que tus contornos labra
Era la luna, y á su luz temblante,
Un mármol de Cánova tu semblante
Y un sueño de Bellini tu palabra.

Así cruzamos por la calle muerta,
Y en amorosa plática estuvimos,
Hasta que pronto, por mi mal, nos vimos
De tu escondido hogar junto á la puerta.

Un momento después, en la vecina
Pared, con indolencia reclinado,
Contemplaba tu sombra, enamorado,
Del balcón de tu alcoba en la cortina.

Lámpara opaca con su luz secreta,
El cortinaje aquel transparentaba,
Y en los blancos tapices proyectaba
Las líneas de tu artística silueta.

De aquella luz el misterioso rastro
Te dibujaba en vaporosa bruma,
Arrodillada en el colchón de pluma
Como pálida virgen de alabastro.

Luego, tus manos oprimiendo el pecho,
Ya destrenzado tu cabello, oraste,
Sacudiste tus rizos y saltaste
Como una corza blanca, sobre el lecho.

. . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . .

Las sombras de la noche misteriosas
Tu alcoba virginal han protegido;
Sólo se oye el monótono ruido
De un paso que se aleja en las baldosas.

Ya todo yace en el reposo, inerme;
El lirio azul dormita en tu ventana:
¿Oyes?.... desde la torre la campana
La media noche anuncia... ¡duerme! ¡duerme!

GUTIERREZ NÁJERA.

Guatemala, Agosto 6 de 1879.

# CARTAS A MARIA

## LA NICOTINA

Raro empeño, el tuyo, querida amiga, de que yo fustigue en público el antihigiénico uso del tabaco. Yo no puedo negarme cuando dos lábios de rosa me lo piden y cuando ya es una necesidad en nuestro país de que un espíritu sin miedo diga toda la verdad sobre los vicios que degeneran tanto á la sociedad actual y la llevan como en suave pendiente hácia el abismo de su total desaparición del planeta.

Y no es esto, tésis de escritor efectista. Yo veo que los ritmos actuales de la raza humana van hácia su degeneración física, hácia su depresión intelectual y que si pronto no se efectúa lo que llama un sábio: el desdoble, esto es, la reacción hácia las fuentes sanas de la vida, la humanidad marchará á su total ruina física y á su completa degradación moral más vergonzante.

Sobre la nicotina mucho se combate á esta hora en la vieja Europa. Y si tú, querida Maria, cuando vuelves de tomar tus baños en Ramirez y de jugar con las ondas como una náyade clásica, cuando vuelves en un tren cargado de espesos humos de tabaco, desde el que suelta el pito napolitano del cochero, hasta el ácre olor de la tagarnina del vecino, si tu sientes, á veces, mareos y te pones pálida y cuando llegas á tu casa te sientes sin apetito y casi enferma, comprendo bien, como, entónces, pides á algún escritor amigo que no sea *nicotino*, como tú llamas tan graciosamente á los fumadores, se ocupe de poner de relieve todo el perjuicio físico que ocasiona el asqueroso vicio que produce esa planta solanea que tiene por alcaloide un veneno tan violento como la nicotina.

Habria para escribir libros; pero, no convenceria á los esclavos del vicio sinó cuando sintieran los perniciosos efectos del tabaco ingerido en su organismo animal desde el común de aspiración del humo hasta el sorberlo por la nariz y, hasta ¡Dios les perdone la porqueria! de mascado en grandes pelotillas nauseabundas! ..

Consultado el conocido Hidrópata señor Luis Curbelo, nos respondió sobre este tópico:—

«Desde que comenzamos á tener conocimiento de los efectos desastrosos de la nicotina en el individuo, nos preocupó sobremanera el contrarrestar su perniciosa influencia en el organismo humano. Notábamos en nuestra clínica algunos niños de 10 y 12 años, pálidos, ojerosos, delgaduchos, atacados del estómago en una edad en que se devoran hasta las piedras. Luego, hemos tenido que curar dispépticos, asmáticos, neurálgicos, etc. nicotizados completamente.

«Veamos lo que dice la estadística oficial al respecto. En un artículo notable, el Dr. Decaisne relata que sobre 38 niños de 9 á 15 años, que hacian uso más ó menos grande del tabaco, ha notado efectos sensibles en 27....

«22 niños presentaban perturbaciones en la circulación, palpitaciones de corazón, dificultades para la digestión; pereza de la inteligencia y un gusto más ó menos pronunciado por las bebidas fuertes. En el análisis de la sangre acusaba una disminución más ó menos notable de la cantidad normal de los glóbulos sanguineos. ..»

Y esto que afirma el señor Curbelo, con toda la autoridad de sus treinta años de curas asombrosas por la hidropatia, lo ha confirmado la práctica diaria de mis observaciones. He tenido amigos, jóvenes, que presentaban el doloroso ejemplo de lo descripto anteriormente. En algunos, la vista perdia su videncia; en otros, pérdida de la memoria; en otros, ataques angustiosos al pericardio y hasta anginas de pecho, de origen tabáquico ya diagnosticadas por el doctor Rean de Paris.

Y hé aquí, mi buena Maria, terminando nuestra conversación lo que escuché de lábios del Sr. Curbelo: «Los enfermos al retirarse de mi Establecimiento llevan además de la salud un tesoro de vida, de dinero y de confianza, cual es el haber dejado de fumar. Algunos han llegado hasta darnos las gracias por medio de cartas por haberlos encaminado al buen camino, y todos, pero todos, los que hemos logrado convencer de los terribles efectos de la nicotina sobre el organismo humano, se hallan satisfechos, como si les hubiera roto las cadenas pesadas de una esclavitud terrible: porque todo vicio que nos domina nos hace esclavos suyos, y el hombre que es esclavo de alguna cosa, vicio ó institución, es un degradado, no tiene nociones de la dignidad del ciudadano libre; es un desgraciado, digno de recluirlo en un lazareto para que no pueda inficcionar al resto del mundo con su vicio funesto.»

Yo me pregunto si tantos dolores, tantos males, náuseas, vómitos, dispepsia, irritación de la laringe y del estómago, parálisis, pérdida de la vista y la neurastenia terrible y la anemia mortal; en fin, todos los males que ocasiona el tabaco ¿no harán al fin que nuestros legisladores se preocupen de dictar leyes como las que existen en Suiza, Estados-Unidos y Francia para condenar á los jóvenes menores de 18 años, dedicados al vicio execrable y sucio del tabaco?

Citemos, citemos lo que dicen los sábios: El Doctor Mendelshou de San Petesburgo asevera que la mortalidad de los fumadores asciende á 36 y la de los no fumadores á 24. Y añade: el fumador tiene que absorver ácido carbónico (al chupar el cigarro) producto de la combustión incompleta y veneno enérjico del glóbulo sanguineo.

Estos problemas de higiene como todos los del socialismo son los que preocupan al mundo pensador de toda Europa. ¿Acaso, en América no podremos ocuparnos de tales cuestiones y enseñar el abismo á que corren obcecados los hombres, y los pueblos?

Por lo pronto, el impuesto deberia pesar más sobre el vicio, pues que las clases obreras son las que á falta de otras distracciones más elevadas usan y abusan de los malos tabacos; y si escuchamos á Rochard en sus admirables «Concepciones tetarológicas» veremos que nos dice: «No hay impuesto más legíti-«mo que el que pesa sobre un vicio. Si e«consumo no se altera, el fisco es el que gana «si disminuye es la higiene la que beneficia» Y para que beneficiara más todavia yo estaria por la supresión completa.

Discúlpame, querida amiga, si tengo que presentar á tus hermosos ojos cuadro tan repugnante como el que nos pintan los efectos tremendos del tabaco; yo quisiera presentar á tu vista encantada, una juventud sana, sin vicios alcohólicos ni tabáquicos, de colores sonrosados, robusta, de formas griegamente bellas, concibiendo sus mejores obras, propendiendo al desarrollo de la familia, al impulso de las industrias, á la elevación de las Bellas Artes, no buscando incitantes en bebidas perniciosas y en nicotinas funestas, sinó en aquellas prácticas, sanas y sábias de la higiene, que hacen de nuestro tránsito por el planeta, no una fuente de dolores, no un *lacrimarum vallis*, sino el paraiso prometido, en el azul soñado de una sociedad donde reinen esplendorosos la Salud en el físico, el Amor en la especie y en el intelecto la divina Belleza.

Francisco C. Aratta.

Montevideo, Febrero 12 de 1898.

# ¡VEN!

Ven! la tranquila noche se aproxima,
El rubio astro se esconde tras el monte,
Ya aparece la estrella vespertina,
A su nido tornó la golondrina,
De tinta gris se cubre el horizonte.

Natura duerme; en la callada selva—
Pabellón de plácidos senderos—
Entre las ramas juguetean los vientos
En compases dulcísimos y lentos,
Y trinan en sus nidos los jilgueros.

Ven! sigamos aquella misma senda,
Que unidas talvez guarda nuestras huellas,
Quizá las flores guardarán tus besos...
Ven al templo de Amor; allí mil veces
Te escucharon temblando las estrellas.

No tardes, la hora de amarnos se acerca,
La tórtola te espera en la enramada
Y con tiernos arrullos ya te nombra,
Y la noche te espera con su sombra,
E impaciente yo aguardo tu llegada.

A tu voz, de pasión extremecidos,
Surgirán los espíritus dormidos,
Se entregarán dormidas nuestras almas
En dulce embeleso y plácida calma,
Cual se duermen las aves en sus nidos.

Ese alegre murmullo que se acerca
Detrás del sarandí y del canelón
Nos dirá que debemos separarnos...
Cuando llegue el instante de alejarnos
Cesará de latir mi corazón!

María Célia MIRANDA.

Maldonado, Febrero 10 de 1893.

# HISTORIA DE MAR

*A Alberto del Solar, naturalmente*

Sí, amigo mío, una historia de mar, quizá mejor una leyenda, tal vez más propiamente un cuento. Esto me lo dijo un pescador que tiene la frente como hecha de roca, una tarde en que he llegado hasta el faro de Punta Mogotes. ¿Se acuerda Vd. de su proyecto de futura novela, la del faro? Pues razón tiene Vd. al creer que las cosas de la novela y de la poesia vuelan como las aves marinas alrededor de estas magníficas máquinas de luz. Cerca del faro fué donde el pescador me contó el cuento, á propósito de que allí habia visto pasar, como un espectro, como una sombra, á la vieja María. ¿Quién es la vieja María? Aquí está la historia. Cuéntela Vd, á su más linda amiga, cuando ella ria más.

Allí, cerca del faro, está la casucha de la vieja. Antes era muy alegre. Hacian en ella fiestas los pescadores; vivía el viejo, que fué uno de los primeros pescadores de Mar del Plata. Nunca faltó allí, en noches de jolgorio, un son de guitarra. Eso pasó hace tiempo. De entónces acá esa vieja ha llorado mucho, y las gentes no van á la casa á reir y bailar como antes.

Antes, lo mejor de la casa, lo más lindo de la costa, junto con la aurora de todos los dias, era la hija de aquel pescador, la hija de esa vieja María, que es hoy una ajada y rústica dolorosa más amarga de lágrimas que el mar. La muchacha era como una manzana de salud, y no habia belleza natural en los contornos como la suya.

Cuando el padre volvia de la pesca ella le ayudaba á sacar las redes de las olas; ella alistaba en la casa pobre la comida, era ella más madre de la vivienda que su madre. Robusta, tenia una bella fuerza masculina; sana, no habia viento de océano que no le trajese un don de las islas de lejos; rosada, su coral era el plantío en que florecian los más lindas centifolias de su sangre; inocente y natural, una gaviota. Los años eran trece, eran catorce, eran veinte? Todo eso podrian ser, pues la opulencia prístina se ostentaba en aquella obra manifiesta y vencedora.

Una mole de cabellera; dos ojos francos y de luz inocente y salvaje, un seno como una onda contenida, y voz y risa libres y sonoras como las de la espuma y del viento.

Una primavera llegó, por fin, más tempestuosa que todos los inviernos. Una vez hubo en que la gaviota viese á los cuatro puntos de la rosa marina, como espiando por donde habia de llegar algo desconocido.

—Hija, díjole la vieja María, algo te pasa. ¿Qué tienes?

La gaviota no decia nada. Estaba inquieta, iba y venia como si la llevase un soplo extraño, adonde no sabia, adonde no queria ir y sin embargo iba.

Lo que habia pasado era tan sencillo como un copo de espuma ó un aliento de aire.

¿Quién fué el que, en un instante, logró amansar á la arisca ave marina? ¿O fué ella misma la que buscó la mano que debia asirla? Fué su temporada de verano. No se supo nunca si fué marinero ó señor ciudadano. Lo que se supo fué que la jóven— ¿dije como se llamaba? se llamaba Sara,— estaba en víspera de tener un hijo.

Aseguran que tenia á una amiga á la cual decia cosas y sueños. Que le decia que iba á partir, feliz, á Buenos Aires, que habia un hombre que la queria mucho; que era un mozo gallardo, gentil, acomodado. Eso dicen; nadie lo asegura. Lo cierto es que el vientre de la pescadorcita crecia. Los colores de manzana se iban; los ojos de luz salvaje se entristecian, de tanto ver venir otras cosas que no eran las que antes deseara el rústico querer de la hija de la naturaleza y amada del mar.

En esto fué cuando el padre murió, no ahogado por las olas, en dia de pesca, sino gastado de luchar con el viento y el agua salada. María, la madre, se enfermó, se puso casi tullida, y la pobre Sara era todo en el tugurio costero.

María la vieja, dicen que se trastornó cuando cayó á la cama; que sus ojos grises, sus cabellos grises, los gestos de sus flacos brazos, daban á entender que jugaban al volante con su animula miserable la muerte y el delirio.

Sara hacia la comida, Sara lavaba, Sara iba al pueblo á buscar lo necesario... Y siempre miraba hácia un punto del camino; siempre estaba aguardando algo, aguardando á alguién.

Hasta que llegó un dia en que ella tambien tuvo que ir al lecho, al triste y pobrísimo lecho, en donde nació una criatura muerta... ¿Muerta, ó la mató, como dicen, la madre, al nacer, aullando al viento como una loba?

Que siga hablando el hombre de mar que me contó la historia, que es quizá una leyenda, tal vez un cuento.

Más ó menos, dice:

«Así, señor, fué una noche de tormenta. Yo soy vecino de la vieja María. Cuando vivia el marido, iba yo á las fiestas de la casa. Allí cantábamos y bailábamos. Desde que murió el viejo no más alegrias. María se enfermó, Sara era como la Providencia. Habia tenido su desgracia. Mientras iba á nacer la criatura, yo no he visto cara con más amargura. María miraba como que iba á morir. María pasaba por la orilla del mar poniéndonos á todos tristes. ¡Oh tristeza de su cara! ¡oh tristeza de su modo de mirar! Y fué una noche cuando se fué á la mar, una noche de tormenta. Todavia no habia truenos ni rayos, pero la mar estaba enojada. Habia en lo lejano de la noche como fogonazos de cañón, sin ruido. El cielo estaba sin estrellas ni una luz arriba; y las olas, de mala manera, traidoras y furiosas. Así son las tempestades de este mar nuestro. Así comienzan. El farero sabe ya con qué intención viene la nube de la tarde, y lo mismo el pescador y el marino. Y abajo, el mar, se pone como de acuerdo con la nube. El viento mueve á la una y á la otra. Después son los relámpagos, los truenos, los rayos, sobre el agua obscura, que carnerea. Una noche así fué, pues, señor. La vieja estaba enferma. Nació el niño y la Sara se puso loca. A qué horas nació no se sabe; pero creo que sería al llegar la hora de la madrugada, porque un poco después fué que oí las voces de la vieja María. Estaba yo sin dormir, pensando en la tempestad, cuando sentí como un grito en la casa vecina, en la casita de la María. ¿Qué pasará? dije; y pensando en que aquellas mujeres estaban solas, me vestí, tomé mi fierro y me fuí allá, hácia la casa. Entónces fué cuando vi una figura como de difunto que se iba hácia el mar; era una figura envuelta en una sábana blanca. Los fogonazos de la tormenta que venia alumbraban de seguido lo lejano del mar. La cosa blanca se iba adentro del mar, más adentro, más adentro. Y entónces llegué á la casa de la vieja María, y la vi á ella, tambaleándose de debilidad, con los brazos tendidos á la sábana blanca, llorando, gimiendo, llorando, gimiendo...

—¡Sara!...

La vieja, enferma se habia levantado;

tendia los brazos flacos, gritaba apenas, débilmente:

--¡Sara!...

La figura blanca iba entrando al mar, entrando al mar...

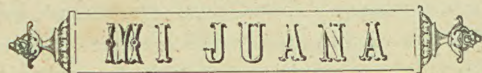
Yo no me di cuenta, hasta después; yo no me di cuenta, porque lo primero que me dió fué miedo, un miedo grande, señor...

--¡Sara!.. hasta que se perdió la figura blanca en el agua, bajo la tormenta que comenzaba. Yo contuve á la vieja enferma, que deliraba, casi desnuda, al frio de la noche. El cuerpo de la pobre niña, no lo pudimos nunca encontrar.»

RUBÉN DARÍO

Mar del Plata, (Rep. Argentina) Febrero 6 de 1893.





# MI JUANA

(*TRADUCCIÓN INÉDITA*)

Mi Juana, de la que soy
el dulce y viejo placer,
siendo señorita ayer
se siente una reina hoy.

Todo el A B C profundo
de esos peregrinos séres,
que el mundo llama mujeres
y son ángeles del mundo,

Es tener ebúrneos brazos,
ser bellas, de una mirada
humillar la frente osada
del que resista á sus lazos.

Saber con nada, un crespón,
un ramo trenzado á prisa,
un perfume, una sonrisa,
deslumbrar un corazón;

Ante el ingrato que osa
alejarse con recelo,
ser azules como el cielo,
rosadas como la rosa.

Juana lo sabe; ya tiene
tres años, la edad madura;
nada falta á su hermosura
que todo un cielo contiene.

Es ritmo de mi canción,
es mi perfume más puro,
la flor de mi viejo muro,
mi hermosa contemplación.

Mi estrofa que al lado de ella
parece un pobre, la implora;
Juana con un rayo dora
mi estrofa, que se al a bella.

La niña sabe cubrirse
con su sombrero triunfante,
bello chapin, fino guante,
pues ha aprendido á vestirse.

Es mujer, y al dulce abuelo
enseña sus verdes lazos,
los combinados retazos
y el alma á través del velo.

Es, por derecho, celeste;
por deber, linda y galana;
majestad y gracia hermana,
la sigue gozosa hueste,

Como en trono que fulgura
ya cual reina se ha sentado;
al comenzar su reinado
da principio mi locura.

VÍCTOR HUGO.

# LA ÚLTIMA ILUSIÓN

Yo no me suicidaré,--me decia mi amigo Arsenio, arrellenándose en un cojin de terciopelo azul, donde un dragón de oro abria sus fauces siniestras para cazar una mariposa de nácar;—yo no me suicidaré, te repito, porque me aterran los dolores físicos, por leves que sean, pero comprendo que, como muchos hombres, estoy en el mundo demás.

Estas frases melancólicas, dichas en voz baja, (con esa voz tan baja de los seres degenerados, voz que parece extraerse de las cavidades más profundas del organismo y filtrarse luego por un velo de muselina para salir al exterior), fueron pronunciadas por mi compañero al final de una larga conversación, en la que yo habia tratado de arrancarle, por todos los medios posibles, del retraimiento voluntario en que se marchitaban los dias floridos de su juventud. No me causaron extrañeza alguna, porque yo sabia que estaba dominado, desde la adolescencia, por las ideas más tristes, más extrañas y más desconsoladoras.—Mi alma es una rosa, solia decir en ciertas horas de intimidad, valiéndose de una frase gráfica, pero una rosa que sólo atrae mariposas negras—Asi es que al oir la sombria respuesta que daba á mis palabras, más bien que tratar de consolarlo, porque no hubiera hecho más que exacerbar su nerviosa sensibilidad, yo buscaba un tema para extraviar el curso de sus pensamientos, cuando lo vi incorporarse en el asiento, ponerse pálido en el instante, dilatar sus pupilas grises y, moviendo su cabeza fina y altanera, tan semejante á la de algunos retratos de Clouet, oi que me decia, como si ensayase un monólogo:

—Si, no te quede duda, yo estoy en el mundo de más. La peor es que, como te he dicho, hay muchos que se encuentran en el mismo caso. Sólo que algunos no se perciben de eso, mientras que yo me doy cuenta de ello con la más perfecta lucidez. ¿Has ido al campo, en la época de la siega, alguna ocasión? Si has estado alguna vez habrás podido observar que las segadoras, después de recogida la cosecha, suelen dejar en el surco algunos granos olvidados. Ni la tierra los fecunda, ni alimentan á los pájaros. Allí se pudren, dia por dia, bajo el influjo del viento, de la lluvia y del sol. Eso mismo le sucede á algunos hombres. La muerte, esa visión macabra de cabellos blancos, que, con una hoz de plata en la mano, en un bosque de naranjos, segando cabezas de dioses, de reyes, de guerreros, de sacerdotes y de enamorados, sufre también esos olvidos crueles. Yo soy uno de aquellos seres que, en el campo de la vida, ha dejado de recoger.

--¡Oh, cállate! le interrumpí, tú eres demasiado jóven todavia para desesperar...

—Si, soy muy jóven, pero eso no importa: aunque tengo veintisiete años, me parece que llevo siglos dentro del corazón. La edad no es un instrumento que regula invariablemente nuestra temperatura espiritual. Hay organizaciones que, á los ochenta años, conservan un calor primaveral, mientras hay otras que, á los veinte, se sienten heladas por los rigores del invierno más crudo, del invierno que no termina jamás. No es preciso, por otra parte, haber vivido mucho, para calcular la suma de dichas que podemos esperar. La historia del mundo nos lo demuestra en sus páginas. Hojeando cualquiera de ellas, se comprende en seguida que, tanto los bienes como los males, han sido siempre los mismos, pudiendo afirmarse que, no ambicionando los unos ni temiendo los otros, es lógico prescindir en absoluto de todos. Interesarme por la vida, equivaldria para mi á entrar en un campo de batalla, afiliarme á un ejército desconocido, ceñirme los bélicos arreos y, con las armas en la mano, combatir por extraño ideal, sin ambicionar los lauros de la victoria, ni temer las afrentas de la derrota. ¿Habrá situación más enervante, más desastrosa y más desesperada?

—Pero tú tenias antes, le repliqué, grandes ensueños, grandes aspiraciones.

—Si, pero todos me han abandonado, porque todos son imposibles de realizar. Yo era como un faro encendido, al frente de desierto marino, que arroja sus dardos de fuego en la negrura de las ondas. Aves errantes, al llegar la noche, iban á refugiarse en sus grietas, huyendo de los azotes del viento y de la lumbre de los relámpagos. Pero no habiendo encontrado en su recóndito seno, calor para sus plumas, ni alimento para su pico, desertaron todas, una por una, hasta dejarme en la más aterradora soledad.

—Entónces es que, como te decia el más sabio, á la vez que el más puro de tus amigos, tú no sabes desear.

—Quizás sea eso, yo lo comprendo; más ¿quién nos enseña esa ciencia oculta? Y si un dia la aprendemos, ¿al ponerla en práctica no demostrariamos que estábamos ya domados y escarnecidos por la misma vida, puesto que teniamos que someterle de antemano cada idea que iluminase nuestra inteligencia, cada latido que agitara nuestro corazón? Además ¿puedo aspirar á algo en nuestro medio social que esté en consonancia con mi carácter, con mi educación ó con mis inclinaciones? Implantar aqui mis ensueños, ¿no equivaldria á sembrar rosas en una peña ó á procrear mariposas en una cisterna? ¿Qué carrera podria elegir para llegar á la cima de la felicidad? ¿La de comerciante? No me daria por recompensado de tal sacrificio si supiera que al cabo de diez años, tenia en mis arcas un tesoro mayor que el de un Rajah de las Indias. ¿La de burócrata? Basta entrar un dia en cualquier oficina, para conocer las diversas especies del vampirismo ó los futuros huéspedes de las prisiones de Ceuta. ¿La de político? Ella me conduciria, desde el primer paso, á la picota del ridiculo donde sucumbiria maniatado por mi impotencia y asaetado por los dardos del desprecio popular. ¿La de jurisconsulto? Erigirse en juez de un semejante, estando

sujeto á las mismas vicisitudes, para escarnecerlo, en nombre de leyes humanas, me ha parecido siempre la más nefasta de todas las aberraciones. ¿La de médico? Yo creo que, dado el atraso de esa ciencia, para elegir esa carrera se necesita ser el más inconsciente ó el más depravado de los hombres. ¿La de sacerdote? Aparte de que para ella se requiere la vocación ¿hay un monasterio entre nosotros que, por la grandeza de sus tradiciones, por las austeridades de sus reglas, por las bellezas de suscritos ó por las virtudes de sus moradores sea capaz de atraer el alma enferma que, como un cisne ennegrecido de lodo vuela al límpido estanque, acuda allí á purificarse de las miserias terrenales?

—Te comprendo perfectamente, exclamé yo, pero creo que el remedio está en tus manos.

—¿Cuál es?

—El de irte lejos.

—Sí, lejos; pero ¿dónde?

—Pues á Paris: ¿ya no te gusta esa tierra de promisión?

—Te diré: hay en Paris dos ciudades: la una execrable y la otra fascinadora para mí. Yo aborrezco el Paris que celebra anualmente el 14 de Julio; el Paris que se exhibe en la Gran Opera, en los mártes de la Comedia Francesa ó en las avenidas del bosque de Bolonia; el Paris que veranea en las playas á la moda é inverna en Niza ó en Cannes; el Paris que acude al Instituto y á la Academia en los dias de grandes solemnidades, el Paris que lee EL FÍGARO ó la REVISTA DE AMBOS MUNDOS; el Paris que, por boca de Deroulede, pide un dia y otro la revancha contra los alemanes; el Paris de Gambetta y de Thiers; el Paris que se extasía con Coquelin y repite las canciones de Paulus; el Paris de la alianza franco-rusa; el Paris de las exposiciones universales; el Paris orgulloso de la torre Eiffel; el Paris que hoy se interesa por la cuestión de Panamá; el Paris, en fin, que atrae millares y millares de séres de distintas razas, de distintas jerarquías y de distintas nacionalidades. Pero adoro, en cambio, el Paris raro, exótico, delicado, sensitivo, brillante y artificial; el Paris que busca sensaciones extrañas en el éter, la morfina y el haschisch; el Paris de las mujeres de labios pintados y de cabelleras teñidas; el Paris de las heroinas adorablemente perversas de Catulle Mendés y René Maizeroy; el Paris que da un baile rosado, en el palacio de Lady Caithnes, al espíritu de María Stuart; el Paris teósofo, mago, satánico y ocultista; el Paris que visita en los hospitales al poeta Paúl Verlaine; el Paris que erige estátuas á Baudelaire y á Barbey de Aurevilly; el Paris que hizo la noche en el cerebro de Guy de Maupassant; el Paris que sueña ante los cuadros de Gustavo Moreau y de Puvis de Chavannes, los paisajes de Luisa Abbema, las esculturas de Rodin y la música de Reyer y de Mlle. Augusta Holmés; el Paris que resucita al rey Luis II de Baviera en la persona del conde Roberto de Montesquieu-Fezansac; el Paris que comprende á Kuysmans é inspira las crónicas de Jean Lorrain; el Paris que se embriaga con la poesía de Leconte de Lisle y de Stephane Mallarmé; el Paris que tiene representado el Oriente en Judith Gautier y en Pierre Loti, la Grecia en Jean Moréas y el siglo XVIII en Edmond de Goncourt; el Paris que lee á Rachilde, la más pura de las vírgenes, pero la más depravada de las escritoras; y el Paris, por último, que no conocen los extranjeros y de cuya existencia no se dan cuenta tal vez.

—Y entónces ¿por qué no te marchas?

—Porque si me fuera yo estoy seguro de que mi ensueño se desvanecería, como el aroma de una flor cogida en la mano, hasta quedar despojado de todos sus encantos; mientras que viéndolo de lejos, creo todavía que hay algo, en el mundo, que endulza el mal de la vida, algo que constituye mi última ilusión, la que se encuentra siempre, como perla fina en cofre empolvado, dentro de los corazones más tristes, aquella ilusión que nunca se pierde, quizás...

JULIÁN DEL CASAL.

Buenos Aires, Febrero 10 de 1893

# EL DAÑO

*A Florencio Sanchez (Ovidio Paredes)*

EN la falda de una cuchilla que se extiende hasta perderse de vista en el horizonte, álzanse unos ranchos de paja brava y terrón, que tienen por moradores á la familia Gutierrez, compuesta: de un viejo gaucho, que conoce á cuanto *bicho* ha vivido en el pago desde la Guerra Grande; doña Dorotea, su esposa, criolla cruda que apesar de sus años aún conserva la agilidad de sus mejores dias; y María, hija única de aquel matrimonio, morocha de ojos negros y expresivos que pasa por la moza más simpática del pago. En aquel hogar modesto no reina la acostumbrada alegria.

María está postrada en cama desde hace un mes, presa de una extraña enfermedad, que según los médicos del pueblo que la han examinado no tiene remedio, y que los curanderos del pago tampoco pueden curar, porque dicen que es *daño*.

En una de las habitaciones del rancho principal, se halla la enferma, tendida en una vieja *marquesa* reclinada su cabeza sobre la almohada. Junto á la cama está un jóven paisano con la vista nublada por reflexiones tristes, fija en la enferma, atento á sus menores movimientos. Se llama Pedro y es el novio de María.

De cuando en cuando Doña Dorotea se acerca al lecho, contempla á su hija querida y sale lagrimeando puerta afuera en dirección á la cocina á echar su vistazo á los cocimentos que recetó el curandero en su última visita.

En los periodos en que la fiebre domina á la jóven haciéndola caer en esas largas y agitadas somnolencias, de las que parece que no reaccionará, Pedro trata de consolar á Doña Dorotea y al viejo Gutierrez diciéndoles que lo que su María tiene no es nada, que le pasará pronto. A ellos también les jura, que la bruja perra que le echó el *daño* no lo vá á pasar del todo bien cuando María se componga.

Pero se ve que lo que abate al espíritu del mozo, haciendo que tome más cuerpo en su cerebro la idea de la venganza, son los grandes sufrimientos por los que pasa su María su linda morocha, la mujercita querida por quien diera su vida si para salvarla necesario fuera.

Pasan los dias, y María se agrava cada vez más.

La enfermedad, que no cede á los esfuerzos de los médicos, no puede ser dominada por los de los curanderos, que con sus cruces y sus yuyos, no consiguen ahuyentar el *daño*, que vá minando aquel cuerpo antes tan lleno de juventud y de vida y ya tan quebrantado.

Una mañana en que todo parecía sonreir á la Madre Naturaleza que con sus galas daba á todo luz y color, en que los pájaros, volando de rama en rama, trinaban contentos alegrando el ambiente, saturado de embriagadores perfumes, aquella alma ya cansada de la lucha, se doblegó vencida.

La desesperación de Pedro ante tan rudo golpe, fué grande. Abandonó los ranchos subyugado por la idea de venganza.

Se encaminó hácia una cuchilla, distante de allí una legua, en donde sabía que se albergaba la negra Gumersinda, una vieja bruja, de quién sospechó desde el primer momento fuera quien le habia echado aquel fatal daño.

Vivia ésta en una vieja y ruinosa tapera de paredes agrietadas por las inclemencias del tiempo. Rodeábala espeso cardal, que era la vegetación que con más exhuberancia crecia allí.

Una vez llegado allí se apeó, sin cuidarse de los perros que ladraban desesperados, atados al rechoncho tronco de un viejo ombú, que como solitario guardián, se alzaba á la puerta y cuyas ramas se esparcían viciosas por sobre la totora del rancho.

La vieja bruja, al ver á Pedro, se extremeció como si le hubiera leido en la cara lo que pasaba en su alma y sin siquiera saludarlo quiso largarse fuera del rancho, pero Pedro cojiéndola bruscamente del brazo, la obligó á quedarse allí. Con tono amenazador, comenzó á interrogarla, agitándola fuertemente con toda la fuerza de sus nervudos brazos.

Ella se arrollaba toda, forcejeando por desasirse de la mano de hierro que la sujetaba.

Y así, por medio de la amenaza, consiguió Pedro la ansiada revelación que la vieja sofocada y tartamudeando le hizo, de quién era el autor del daño.

Si ella lo habia preparado y se lo habia dado á María, lo habia hecho por mandato de Manuel, el capataz de la Estancia de Don Claudio Gonzalez, bajo la promesa de que si conseguía mandarla *pa el otro lao* le pagaria bien su servicio.

Al escuchar esto Pedro, bramando de ira,

dió un empellón á la vieja, tirándola por tierra, y á pasos largos se encaminó en busca de su caballo que andaba pastando suelto á una media cuadra de allí.

Pedro lo montó y con movimiento nervioso de hombre sumamente agitado, clavó despiadado en los hijares de su *pingo* las espuelas nazarenas, haciendo que este partiera veloz. La bruja que se habia incorporado asomada á la puerta del rancho lanzaba hácia el gaucho dolorido miradas llenas de rencor, en tanto que pronunciaba palabras incoherentes que podian traducirse en horribles juramentos y maldiciones.

Cuando el sol ocultándose inundaba á la tierra con sus tintes de oro último, á esa hora en que en nuestras campiñas solo se respira brisas impregnadas de agradables perfumes, llegaba Pedro, agitado, tal vez más que su caballo, jadeante y sudoroso, á la Estancia de Gonzalez.

La peonada, en alegre círculo, festejaba con risas los cuentos que Don Dionisio—un gaucho vejancón, alegre y espiritual—les contaba, salpicados con los chistes de su inacabable repertorio criollo, mientras el mate pasaba de mano en mano.

Sin apearse Pedro, preguntó por Manuel á un tapecito que mirándolo no sin extrañeza le dijo que habia salido hasta la pulpería. Dió de riendas para tomar ese rumbo, cuando vió al que buscaba.

Al verlo, sintió hervir en sus venas su sangre criolla; sus ojos centellearon y como ya Manuel se acercaba y el no podia dominarse rompió su horrible silencio convidándolo con voz alterada á apearse, pues tenia que hablarle.

—Venia á verte Manuel, porque tengo que hablarte.

—¿Si? pues entónces, cuando quieras...

—Venia á saber si fuistes tú el cangalla que le hizo echar *daño* á Maria Gutierrez.

—¿Yo? no sé porqué; ¿acaso me ocupo yo de ella más que de naides?

—¿Con que entónces negás? Es que no tenés coraje ¡bandido!, pa aguantar lo que hicistes.

—Yo...Te digo la verda...yo nó!

—¡No mientas trompeta!; ni seas sinvergüenza pues yo se que fuiste vos el que encargó á la negra Gumersinda el *daño* pá Maria.

—Güeno mirá, te viá decir... yo fuí... es cierto pero no creí...

—¿Y por qué hicistes eso?

—Te viá decir, pues porque queria á Maria... que ella habia sido novia mia... pero cuando vos caistes al pago me dejó á mi, por atenderte y eso á mi no me gustó...Me dió rabia.

—Con que entónces confesás que hicistes eso y que lo hicistes porque no tenias coraje pa medirte conmigo; ¡gaucho maula! ..

—Mirá Pedro... que no aguanto que me insultés.

—No; si yo no vengo á insultarte, vengo á ensebar mi facón en tus tripas ¡desgraciao!

—¿A mi?

—Sí, á vos!

Y ambos, lijeros como el rayo, echaron mano á la cintura, sacando Manuel una daga con la que tiró rápido un tajo mortal á Pedro, pero este, en tanto que con el mango del rebenque paraba el arma de su rival, le hundia su facón hasta el mango en el vientre.

Y cuando la peonada del Establecimiento se apercibió de la lucha y corrió á auxiliar á su capatáz, este ya habia muerto.. .La silueta de Pedro se perdia en el horizonte....

EDUARDO LOPEZ LABANDERA.

Montevideo, Febrero 12 de 1889.

# UN NUEVO POETA

Ya que los Alpes me han llevado á la poesia, me quedo en ellos para revelar un nuevo poeta, anunciado ya por varios escritores italianos en revistas extranjeras; el cual saborea en estos dias una de las más profundas alegrias que se hayan concedido al corazón humano: la de contemplar el alba de la propia gloria.

No tiene todavia treinta años: era en efecto completamente desconocido, hasta hace pocos meses.

Es hijo de un obrero tejedor de un pueblo del Piamonte; en su niñez trabajó en el telar; tuvo una niñez pobre y dura: su familia lo dedicó con grandes sacrificios al estudio para hacer de él un sacerdote; pasó algunos años en el Seminario, donde su fé religiosa se apagó; después permaneció cuando salió de allí; vivió, como vive todavia, dando lecciones particulares de literatura que apenas le dan pan.

Es una figura que recuerda la de Leopardi: pequeño, macilento, pálido, pobremente vestido, extraordinariamente tímido, amante de la vida solitaria, una figura extraña, una índole taciturna, una especie de ermitaño selvático, en quien ninguna señal exterior deja adivinar al artista.

Este pobre hijo de obrero ha escrito un poemita formado de poesías de diverso metro sobre la enfermedad y muerte de la madre que adoraba, una série de escenas, de cuadritos domésticos, de episodios afectuosos y dolorosos, de gritos de angustia y desesperación, que hacen estremecer y llorar al más frio lector.

Y á la profundidad trágica del sentimiento, se une en su poesia una delicadeza rara de forma, obtenida con pacientísimas fatigas, pero no exenta de amable sencillez, á través de la cual aparece netamente, como el fondo de un arroyo limpidísimo, el alma del poeta.

Leedlo, y tendréis por mucho tiempo ante los ojos la imágen de esa pobre madre muerta, que os hará amar al hijo huérfano y meditar en las miserias y dolores humanos.

El nobilísimo poeta no es todavia profesor, porque como tiene que dar lecciones para ganarse el pan, no ha tenido tiempo todavia, en diez años, de tomar el diploma.

Se llama Giovanni Cena.

EDMUNDO D'AMICIS.

# UN MENDIGO

*Para Américo S. Mancebo*

I

Las campanas del pueblo llaman á misa de domingo. Por una de las desiertas sendas que conducen á la Iglesia aparece Georgina, siempre sonriente, y se detiene. Mira; parece que buscara á álguien.

Por el extremo opuesto, dos ó tres jóvenes del pueblo se acercan y la saludan, pero élla no sonrie más que al último de ellos, á Juan, el cual, tímido y bondadoso, no se atreve á adelantarse, y al que ella ama con toda la vehemencia de un alma de 16 abriles.

Juan sigue el camino de su amante, sus acompañantes le dejan, y junto con la hermosa niña, entra al sagrado recinto y detras suyo escucha el paternal sermón.

Mientras dura el divino oficio, Juan permanece abismado en un respetuoso silencio. Ora con devoción, y sus miradas solamente se dirijen á la Maria celeste y á su virjen amante.

Y cuando salen de la Iglesia y se encuentran otra vez en aquella senda de flores que se abren y de botones que estallan, ¡cómo se dilatan los corazones de aquellos niños enamorados; cómo sonrien de contento sus sonrosadas mejillas!

Caminando lentamente se dirijen á casa de Georgina, bajo los ardores de un sol abrasador, á la sombra espesa de los árboles; aspirando el perfume suave de las flores que trae una brisa sutilísima moviendo á su paso, en rítmicas ondulaciones, las espigas de las achiras que deslumbran con sus reflejos de oro; pisando la alfombra de gramilla y de margaritas rojas, que crujen á su paso en besos imperceptibles; con las manos enlazadas, apretadas; callados, sin decirse una palabra, en la embriaguez de esta elocuencia de los enamorados que no abren la boca más que para cambiar sus nombres y los lábios más que para los castos besos y que se dicen todo en una mirada....

¡Cuánta felicidad!

II

Un dia las campanas del pueblo repiqueteaban «á todo vuelo»: era el dia de la boda de Georgina con su tímido amigo Juan.

Juan y Georgina eran desde entónces la pareja más feliz del pueblo.

El dia lo pasaba él trabajando en la granja ó en el campo; por la noche, cuando está llegaba con sus sombras deseadas, Juan emprendia el regreso á la rústica casita, donde salia á recibirlo con los brazos abiertos la sonriente Georgina.

En todos los instantes, la alegria más risueña reinaba en el alma de los enamorados esposos.

III

Asi pasaron tres cosechas. Más cuando empezó á madurar la cuarta siembra, las

campanas del pueblo volvieron á sonar: su voz era triste, lúgubre.

Los tiempos habian cambiado: el cielo de aquel hogar se habia cubierto de nubes negras.

Georgina dejó dos veces su imágen viviente á su marido: le dió dos niños rubios como ella, y como ella sonrosados y risueños, y al dárselos dejó para siempre á su esposo para velar por ellos allí en el cielo.

Juan dobló la frente.

Y su corazón quedó traspasado de dolor, y sus ojos sin lágrimas por tanto llorar y su existencia languidecia.

Pero esto no era todo.

Los dos pequeños ángeles de su casa, el único lazo que le ligaba á la tierra, un dia alzaron el vuelo para ir á encontrar á su madre en el azul infinito.

Juan lloró, lloró mucho, tanto, que quedó como enloquecido de dolor.

IV

Todo es vacio y desolación en derredor de Juan; por todas partes se extiende una densa niebla.

Adios las horas felices! Adios risueñas ilusiones y esperanzas!

Sus mejillas se descarnan y toman un tinte livido; su frente se arruga; sus ojos se hunden y se secan; sus manos tiemblan.

El contento que nace del trabajo no le conforta; el trabajo le falta porque su brazo se fatiga, y el pan de cada dia concluye por ser insuficiente.

El vé la espiga amarillar en el surco débilmente y sus fuerzas no le permiten apartar las hierbas que las apretan y las ahogan.

La noche del desfallecimiento invade más y más su alma abatida.

Una esperanza brilla aún: la esperanza engañosa de ir á la ciudad, á la ciudad coqueta y caprichosa, á la ciudad de la opulencia y de la miseria, que dá á aquellos que no piden y niega á aquellos que no tienen.

¿Qué irá á hacer en la ciudad, él, que ya ha perdido la agilidad, él, que carece de astucia?

V

No tiene conciencia de los obstáculos, y parte.

Llega lleno de buen deseo, busca, inquiere, se esfuerza...

Vanamente!

Su corazón ha sangrado su última gota; él ya no pertenece á este mundo como espíritu, y su vigor se doblega con sus esperanzas.

Juan ha llegado á una de las más rápidas y terribles etapas del infortunio: Juan ha envejecido...

Donde quiera que se presenta se le mira con cierta desconfianza y muy pocas veces con aire de piedad. Si ofrece sus servicios le rechazan duramente. Es que en las ciudades opulentas el trabajo tiene imp rios s exigencias; quiere el vigor y actividad de la juventud á menos de la robustez de la edad madura.

¿Qué hacer? Lo que hacen aquellos que carecen de todo.

Y el viejo Juan mendiga. Anda solo, no le acompaña ni aún un perro.

Si, un perro--el inevitable can, este grave y silencioso conductor de ancianos, que pasa sus dias acostado delante de su amo y le evita la vergüenza ó al menos la pena de tender la mano para pedir, ese compañero fiel y cariñoso de todo mendigo,--un perro falta al desgraciado viejo, que no tiene el consuelo de partir con él su pan raro!

Todas las mañanas se sienta en el portal de una suntuosa casa, y empieza por descubrir su frente y posar cuidadosamente á sus piés su sombrero desteñido y roto que le sirve de alcancia.

Los rayos ardientes, las brumas frias, las tempestades, ó la viva helada, azotan su cabeza desnuda, y él espera á los que pasan, haciendo oscilar, en respetuoso saludo, su larga cabellera rizada, flexible y de un blanco amarillento.

VI

Védlo, ahi llega apoyando su mano en un encorvado bastón.

Llega para comenzar su tarea diaria hasta que la noche lo concluye todo. El vá á ejecutar su ejercicio cotidiano, es decir á frotar mecánicamente el arco sobre las cuerdas de su violin.

He dicho *frotar*... está bien esta palabra?

Lejos de rozar las crines sobre las cuerdas mudas, el melancólico anciano las posa apenas... Y aquel arco fantástico, hace bien con sus sonidos dulces, con su harmonia inexplicable, más lijero y más leve en sus movimientos que el aire manso sobre las espigas ondulantes, que las desflora apenas las roza.

Y los dedos huesosos del pobre viejo se levantan y se oprimen sobre la extremidad de las cuerdas; el arco ondea, corre, se desliza, tiembla y describe curvas, se alarga y se encoje; el violin mismo experimenta ciertas sacudidas, ciertos estremecimientos...

Es indudable que un pensamiento le anima: ¿es un llanto lo que ejecuta?

¿Es el suave idilio de su juventud, la conmovedora tristeza de su edad viril, la oración fúnebre de sus viejos años, todas sus tiernas alegrias, sus sonrisas melancólicas, sus momentos amargos, su lloro, lo que el evoca y hace revivir con el arco de su violin que el anima, agita y hace llorar como lloran, se animan y se agitan sus pensamientos?

Es una música desconocida. ¿Quién la há jamás sentido? ¿Quién puede decir de haberla entendido alguna vez?

Es que su música es una triste epopeya, una larga cadena de emociones y dolores, —desde la alegria de las horas infantiles, desde la felicidad de la juventud radiante, hasta las lágrimas del sombrio invierno de su vejez.

Contemplad esta vida penosa del pobre viejo, esta carrera dolorosa, sus etapas y sus estaciones de miseria.

Y mientras veais que interiormente, este viejo Orfeo rinde su vida en todo un mundo de recuerdos amargos en un pasado doloroso, y que sus muertos queridos atormentan su imaginación, ved como todos los dias su arco maravilloso llora amargamente esta fantasmagoria retrospectiva y parece que abre al oido todas las cataratas de la harmonia...

¡Dad una limosna al pobre viejo!

WERTHER.

Montevideo, Febrero 12 de 1898.



# LA ILUSIÓN DE UNA HARAPIENTA

(CUENTO)

(*Conclusión*)

Dimos unas cuantas monedas de plata á la abuela y nos despedimos de Betsy. Pero la niña no quiso abandonarnos todavia y nos acompañó hasta el carruaje, al que siguió durante largo rato con sus ojos.

Al cabo de un mes volvimos á pasar por el mismo sitio en sentido inverso, es decir, desde Clidfen á Galway. Allí nos detuvimos como la otra vez.

Como no habiamos encontrado á Betsy, antes de abandonar aquel pais, que no debia yo volver á visitar en mi vida, quise ver de nuevo á mi simpática protegida.

Llamé á la puerta de la pobre casa, me abrieron, entré y presenciaron mis ojos un espectáculo tristisimo.

Alrededor de la camita de Betsy, alumbrada por tres humeantes cirios, oraban unas cuantas viejas arrodilladas.

A mi llegada cesó el rezo y todas levantaron la cabeza. Una de las ancianas se puso de pié y se dirigió hácia mi. Era la abuela, que me habia reconocido. Dos gruesas lágrimas rodaron por sus arrugadas mejillas

—¡Betsy!—murmuró—¡Betsy!...

En pocas palabras me dijo la pobre vieja que su nieta habia muerto aquella misma mañana, á consecuencia de una fiebre.

Me acerqué al lecho de Betsy.

La pobre niña estrechaba entre sus manos y oprimia contra su pecho, la estampa de San Patricio y los dos zapatitos que yo le habia regalado.

--Durante la enfermedad--me dijo la anciana--los ha tenido á su lado y la enterraré con ellos, para cumplir su última voluntad. Crea usted, caballero, que me la pidió con mucha insistencia.

En aquel momento brotó de mis ojos una lágrima. Me incliné hácia la pobre niña y la di un beso en la frente, mientras los tres cochinillos negros, refugiados bajo el lecho mortuorio, volvian hácia mi sus entristecidos y empañados ojos.

J. NORMAND.

Establ. gráfico á vapor, Convención 83